

R. 4936672 D1872/2 -06

(F)

TEXTO TAQUIGRÁFICO

del discurso pronunciado ante el micrófono de Radio-Castilla,
de Burgos, el 18 de Setiembre de 1936, por el maravilloso poeta,
presidente de Acción Española,

DON JOSE MARÍA PEMÁN

¡Burgaleses, españoles todos que me escucháis!: Vengo del otro extremo de España; vengo de esa Andalucía florida de banderas, hirviente de alegre entusiasmo, de esa Andalucía que cada noche pela ahora la pava con su general Queipo de Llano, por la rejilla del micrófono, y vengo a traerle un saludo a esta noble y austera ciudad de Burgos, cabeza de España.

De arriba abajo, pues, le he medido el talle a la España nueva y radiante, como aquellos sastres de los viejos cuentos, encargados de hacerle el traje nupcial a la princesa, y he quedado satisfecho de la medición. Doraba el sol de la mañana el Giraldillo cuando salí de Sevilla, y era el sol de la tarde siguiente el que doraba las torres gemelas de vuestra Catedral, cuando llegué a Burgos, ¡que no se necesita menos para medirle el talle a esta España redenta! ¡Qué buen talle y qué gentil estatura tiene ya la España nueva! ¡Qué buena moza es España ya, burgaleses, y qué dura y metida en carnes, con sus lomas suaves y sus tierras pardas, como esas aldeanas tanto más recias y enjutas cuanto más azotadas del aire y del sol! ¡Que Dios te bendiga y te saque en bien de esta dura tarea maternal en que andas metida para alumbrar un gran porvenir y dar vida a un sueño!

Una guerra, no un golpe

Yo no puedo ahora ir sembrando sobre mis auditorios flores, flores de frívola literatura. Tengo que ir sembrando manojos de ortigas, que, con su roce estimulante, reaviven en los espíritus esta austera convicción que ya parece una perogrullada, pero que yo no me canso de repetir: ¡Españoles, estamos viviendo una guerra! Una guerra; no un golpe. No ese golpe por el que hace unos meses preguntaban cada día esas gentes que siempre preguntan qué es lo que hacen los demás, en vez de preguntarse qué es lo que tienen que hacer ellos. No ese golpe fácil, rá-

pido como la lotería o el premio gordo; no ese golpe por el que algunos esperaban que la salvación de España se la traerían una buena mañana a la cama, servida en bandeja, como el desayuno o los periódicos mañaneros.

No; un golpe feliz y rápido era un precio demasiado barato para este tesoro tan espléndido como es la España nueva que soñamos. Su precio tenía que ser más caro. Teníamos que pagar por ella, porque bien lo vale, todo el dolor de una guerra; de una guerra que, por dura que sea, yo he dicho y repito que era necesaria, y, además, era conveniente. Era, primero, necesaria. El enemigo que tenemos enfrente, la masonería, no era un partido más; era un invasor de España, que había acampado por sorpresa en nuestros órganos de vida oficial.

Nuestra bandera, amaratada

Lo que tenía este enemigo de antipatria, de extranjería, lo reveló desde el primer momento la insensibilidad con que trató nuestros símbolos nacionales. Desterró nuestro himno nacional y se apoderó de nuestra bandera y le amarató los pies, como a Cristo en la Cruz. Y todo esto no fué más que un aviso, como una confesión paladina de todo el profundo sentido antinacional de su espíritu, sentido que, ahora, llegado el momento decisivo de este movimiento, había de revelarse en toda su profundidad y en toda su extensión.

Claro; como eran transeúntes de la Historia, temporeros y esquirolés de la españolidad verdadera, al presentarse el crudo dilema que representaba este movimiento, no vacilaron en entregar a España antes que entregarse ellos. Pero, naturalmente, al defenderse ellos, al defender la fruición de sus cargos, defienden todo lo que ellos son, pues no significan ningún acto de continuidad histórica o representación nacional. Bombardean el Pilar de Zaragoza o la Alhambra de Granada con la misma frialdad

dad con que podría hacerlo un turco o un chino, porque se sienten tan insolidarios como ellos de todo cuanto nuestras grandes piedras significan o representan. Es el final lógico, la trayectoria fatal de la sustancia antinacional de sus espíritus.

Los que tuvieron insensibilidad suficiente para amaratar los pies a nuestra bandera, la tienen también para acardenalar a golpes el resto de la Patria.

Guerra de independencia y civilización

La guerra, pues, contra tal enemigo, con la categoría de invasor antinacional que tiene, tenía que tener anchura de reconquista y magnitud de guerra de independencia; guerra santa, en que el Ejército y el pueblo español, puestos en pie, vuelven a gritar a todos los vientos que si ayer la Virgen del Pilar no quería ser francesa, menos quiere ser rusa, ni judía, ni de la segunda o de la tercera internacional.

Además, esta guerra era necesaria porque es una guerra de civilización. Al principio, los que sobre ella hablábamos o escribíamos sentíamos como un poco de pudor de contarle al mundo toda la barbarie que realizaban las hordas marxistas. Nos parecía que con ello sufría el nombre de España. Luego, hemos reaccionado. No; el mundo entero debe saber, en todos sus obsesiones detalles, cuanto ha ocurrido en España. Con ello España no sufre, no se mancha.

Los marxistas no son españoles, como no son de ninguna parte; no tienen patria: son los hospicianos del mundo. Que sepa, pues, el mundo lo que pasa en España.

Nuestro dolor es dolor más profundo. Nos duele la razón misma de la vida, las fuentes mismas de la Historia. La agresión marxista, por instinto fatal, que viene implícito en su propia razón de ser, va ahora dirigida contra todo lo que significa continuidad histórica o solidaridad de vida, contra el monumento, contra el libro, contra el niño, contra el árbol, contra la espiga.

Insolidarios del pasado y del porvenir

Hay un sentido místico o simbólico en esa predilección que han tenido los campesinos de Andalucía por abrir el vientre a las mujeres. Como ellos no son más que meras moléculas del presente, insolidarios con el pasado y con el porvenir, sentían el deseo de cornear las entrañas en que el pasado y el porvenir se anudan, con la misma fruición que les lleva a hacer tumbar bajo la metralla las columnas de la Mezquita de Córdoba o la Alhambra de Granada, todo lo que tiene continuidad de historia, continuidad de vida: la misma fruición con que, dando un paso definitivo, han llegado a incendiar y saquear brutalmente, ¡nada menos, españoles, que el Monasterio de la Rábida!, que esto sí que es abrir un vientre de madre y esto sí que es herir al mundo en la

viscera más fecunda y paridora que el mundo tuvo jamás.

Frente a esto, ya comprenderéis que, al luchar contra ellos, no luchamos por esto o por aquello, sino que luchamos por España y por la civilización; pero no sólo por la civilización del mundo todo. La misión providencial e histórica de España fué siempre ésta: redimir al mundo civilizado de todos sus peligros; expulsar moros, detener turcos, bautizar indios..., extender sus energías hacia Oriente y hacia Occidente, a Lepanto o al Nuevo Mundo, y ofrecerse así, desangrada, en generosa función de humana redención.

España es el Monte Calvario

Ahora, unos nuevos turcos, unos nuevos asiáticos rojos y crueles, vuelven a amenazar a Europa. Una estrella de cinco puntas turba otra vez las noches serenas de Occidente que ayer turbara la Media Luna. Por momentos, Rusia, como una nueva Constantinopla, se abre paso. Pero por Occidente, España, segunda puerta de Europa, como ayer, opone su pecho y salva y redime la civilización.

El mundo lo comprenderá algún día. Otra vez toda España es Monte Calvario y otra vez por los duros caminos extremeños, por los desfiladeros del Guadarrama o Somosierra, España camina con la cruz a cuestas en función de redención por amor a toda la Humanidad. Y dije que el mundo lo comprenderá algún día, porque todavía no lo comprenden todos.

Los que ayer, cuando empezaba esta lucha, esta misma lucha, porque en Badajoz o en Irún o en Llerena se está peleando por lo mismo que ya se peleaba en el siglo XVI: por los dos frentes, el espiritualista y el naturista; los que ayer, digo, nos llamaron intolerantes, ahora nos llaman todavía «facciosos». No importa. Entre insultos e incompreensión, la revolución de España, como ayer Italia, cumplirá su destino y andará hasta el final su vida de la Amargura.

No importa. Es el destino de todos los redentores. También Cristo sufrió en la cruz todos los salivazos de los mismos a quienes iba a salvar, a quienes iba a redimir. Pero yo espero que llegará algún día en que esos que nos llaman «facciosos» abrirán los ojos y comprenderán que, detrás de esta pretendida rebeldía de hoy, como detrás de aquella pretendida intolerancia de ayer, está amparado algo más que el simple capricho ideológico de un pueblo: está amparado todo el concepto occidental y cristiano del orden, de la autoridad y de la civilización, el honor de nuestras mujeres, la limpieza de nuestras costumbres, todo cuanto queda de sano y fundamental del lado de allá de este río de la revolución marxista, que es nada más que lo que España llevará salvado a la otra orilla, sobre los hombros de su pretendida intolerancia.

Y entonces, cuando, salvados la civilización y el orden, haya desaparecido este peligro de ruina que ahora amenaza a todos,

¡tus hijos, Francia, los de la nueva generación, al pasar libres y seguros bajo las columnas de la Magdalena o la cúpula de los Inválidos o junto al arte histórico de Notre Dame, yo espero que, rectificando las teorías de sus padres, tendrán un pensamiento de gratitud para estos soldados españoles, que en Badajoz, o en Irún, o en Llerena, mueren, en definitiva, para que los hombres de Occidente puedan permanecer en pie y para que la Francia inmortal de Clodoveo y San Luis no acabe siendo colonia de asiáticos y orientales!

Esta guerra era conveniente

Por esta razón, por ser guerra de civilización y guerra de independencia, dije que era necesaria; pero añadido aun más: añadido que era conveniente. Era conveniente, porque nos íbamos consumiendo en la languidez y en el abandono. El horror de los sin patria y sin Dios encontraba demasiadas complacencias en muchos.

Nos íbamos durmiendo. Pero el Dios de los Ejércitos nos ha hecho a tiempo el generoso regalo de un supremo dolor, nos ha despertado con mano dura, pero mano de padre. Nos habíamos llegado a creer que la civilización, el orden, la autoridad, la Patria, eran cosas gratuitas que teníamos derecho a recibir pasivamente. Nos habíamos olvidado de que estas cosas son tarea y esfuerzo, logros que hay que ganar cada día como se gana el pan. Nos habíamos creído que vivir es sentirse socio de una cooperativa de derechos, de intereses, de beneficios: cuando vivir es sentirse participante de la religiosidad de un cumplimiento que nunca está del todo limpio de enemigos.

Y, de pronto, para que abramos los ojos, Dios nos ha enviado el supremo regalo de una guerra que nos dejará por herencia una postguerra y unos ex combatientes, es decir, el clima y el temperamento que son necesarios para que arraiguen esas concepciones totalitarias y patrióticas por las cuales la vida no se afronta ya con dejadez liberal y burguesa, sino con una vigilancia castrense y militar. Seguiremos las enseñanzas del dolor debido al aprendizaje de la guerra, y ya no las olvidaremos nunca.

¡España, para siempre
nuestra!

Tierra morena de España, ganada palmo a palmo; carne de novia en flor, conquistada caricia a caricia, ¡cómo te vamos a defender ahora que, por todo lo que nos estás costando sabemos va todo lo que vales! ¡Cómo te vamos a sentir nuestra, ahora que hemos pagado por ti precio de muerte, y cómo, después de estas bodas de sangre, te vamos a guardar con hosquedad de marido celoso frente a los que te rondan con balalaikas orientales o serenatas de aguas de puerto! ¡Cómo, frente al desagradecimiento de otros días, vamos a valorar, ahora que conocemos su precio, la paz, el orden, la civilización, la autoridad; y, frente a los despilfarros de ayer, cómo vamos

a mimar ahora cada árbol y cada río y cada pedacito de tierra y cada piedra de arte, ahora que las sabemos sustentadas sobre estacas de huesos de mártires o cuerpos rotos de hermanos o amigos!

¡No, España mía, se acabó ya! Ya no serás del primero que llegue o mujer del que mejor pague; ya no serás más de éste ni de aquél; ya no serás más que de los que han luchado y sufrido por ti. Las cicatrices gloriosas de aquel soldado, la frente encanecida de aquel padre, el brazalete negro de aquel hermano, la toca de aquella viuda y de aquella esposa, ¡esos serán en adelante los títulos de propiedad de los que podrán gritar al mundo: España es nuestra porque la hemos comprado con precio de sangre y la hemos hecho nacer a una nueva maternidad de amor y dolor!

Dolor de alumbramiento

Hermanos burgaleses, españoles todos que me escucháis: ¡Arriba, pues, los corazones! El presente es duro, pero el porvenir lo podemos mirar con serena alegría. Este que sufrimos no es dolor de traumatismo pasajero: es dolor de natividad, dolor de alumbramiento, es el dolor desgarrado con que se hace la Historia en sus capítulos más densos y más cargados de sustancia vital. Es que la tierra de España está encima de un glorioso porvenir.

España no se mueve más que por las grandes cosas. Somos un pueblo que tiene las manos demasiado grandes, y por eso fracasamos a veces en las menudas labores de la administración, en las labores internas, y sólo acertamos en las grandes construcciones externas de leyes imperiales. Nosotros no nos movilizamos por menos de un Concilio de Trento y no nos molestamos por menos de construir una Argentina, un Chile o un Perú.

Aun hay un destino que cumplir

Pues bien; otra vez hay en el mundo una cosa grande que hacer: desde el Danubio al Cabo de San Vicente, desde Sicilia al Mar del Norte, hay un bosque de brazos en alto que hacen señas al destino y abren la mano en busca de una afirmación definitiva y salvadora; a nosotros nos toca decir esa definitiva afirmación.

A nosotros, que somos, según Manuel Barreto, un pueblo hambriento, un pueblo que no se somete a lo ordenado, sino que exige en todas las cosas su razón y su por qué metafísicos y hasta teológicos; que no nos chocan las cosas que para otros pueblos puedan acaecer, cosas de las que esos otros pueblos se libran por un movimiento instintivo, material y simplemente policíaco; a nosotros nos es preciso sacrificar la entraña de nuestra tradición, de nuestro espíritu, de nuestra doctrina y de nuestra virtud.

Por mucho tiempo, Europa, con un gesto displicente, venía a nosotros buscando mantillas

o castañuelas. Ahora tendrá que venir nada menos que a buscar la fórmula histórica de los héroes, en busca de la definitiva fórmula salvadora de la civilización occidental.

Otra vez «nuestra bandera»

Todos los síntomas no pueden ser más prometedores. El primero de todos, la vuelta, con alegría de aurora, de nuestra bandera auténtica. La vuelta con espontaneidad vegetal, cuando tenía que volver, cuando España se encontraba a sí misma. Y ahí está otra vez. Ya es nuestra. ¡Miradla, burgaleses! Vuelve como se fué: alegre, viva, optimista, fundamental y sencilla en sus colores simples, ¡y es que vuelve inocente de lo que ha sucedido en España, ignorante de cuanto ha pasado!

¡Si tú supieras, bandera mía; si tú supieras...! Pero no, burgaleses; no se lo digáis. Que no sepa nada de eso; que no sepa nunca de los templos quemados; de los patriotas asesinados; no le digáis el romance rojo del Octubre asturiano; que no se le hable de la anti-España, que todavía se bate en las pocas tierras que posee; calládselo para que no empalidezca la viveza de sus colores, y, cuando llegue arrolladora y triunfal a Madrid, pasadla, aturdida de vítores y aplausos, deprisa, muy deprisa por el portal aquel de Velázquez, 89, para que no se dé cuenta de que no podrá salir a verla aquel mártir de España que se llamó José Calvo Sotelo.

¡A ésta, no la matáis!

Y, ahora, ¡cada uno a su puesto! Yo vuelvo al mío, que es recorrer los caminos de España llevando palabras de aliento, recorrer los caminos confortando mi espíritu por lo que he visto en mi peregrinación.

Porque fué el mío el mismo camino duro y glorioso de Castejón, de Yagüe, y aquí y allá he visto las cicatrices de la guerra. Las torres

rotas de Almendralejo, los campos destrozados de Llerena, las murallas rotas de Badajoz. Pero, en medio de esas cicatrices, estaba algo que no muere, que no se destruye: la tierra alegre y jugosa, dulce y pródiga, tendiendo a un lado y a otro su morenez sumisa de hembra entregada tanto más al galán cuanto más maltratada y mal servida de él. Yo recordaba la muerte magnífica de ese amigo del alma, Víctor Pradera, cuando, mostrando el Crucifijo a sus verdugos, les decía: «A Éste no le matáis». Yo miraba la tierra de España cruzada ya por las yuntas, que reanudaban su paso manso, de continuidad histórica, y decía: A ésta no la matáis.

No hay pueblo más resistente que el nuestro ni economía más correosa que la nuestra. No pudo con ella ni nuestra propia locura. España es como una de esas aldeanas que, a los tres días de paridas, se van a lavar a la fuente, y su economía es como el fleje de acero, como la bolita de mercurio, que por mucho que se les pise y se les aplaste, recobran su posición primera. Ayer no más, se estaba luchando, y ya hoy, lo he visto al venir, se estaba arando en Extremadura. Sonaron ayer los últimos disparos, y ya sueñan hoy los primeros trallazos y los primeros apremios de ese ¡hala, hala! del labrador extremeño arreando sus yuntas, que van arando en realidad la historia y la vida.

¡Hala, hala!, que la vida es continuidad y paciencia y la Historia es permanencia y tradición; ¡hala, hala!, que ya viene la paz pisándole los talones mismos a la guerra; ¡hala, hala!, que España es perpetuo milagro de inesperadas reservas y de diaria resurrección. Y así, arrullada por este optimista y acuciador ¡hala, hala!, Extremadura ha entrado con prisa sus muertos y se ha puesto a arar y sembrar.

He ahí un glorioso símbolo, señores, de la tenacidad impertérrita de la vida y la inmortalidad magnífica de España.

